

varios ni franqueo ni tarjeta. Reconozco que el valor de una tarjeta es mínimo y el del franqueo tampoco arruina a nadie; sin embargo, si se reciben — y no es ninguna maravilla recibirlas — quince ó veinte tarjetas diarias, y cada una de ellas supone un valor mínimo de 0,10 la tarjeta y 0,10 el franqueo, tenemos un gasto que puede alcanzar al máximo de 4 pesetas diarias, lo cual supone al año un desembolso de 1.460 pesetas, invertidas en complacer á personas á las cuales no tenemos el gusto de conocer. — Recuerdo que el primer año de mi estancia en Madrid me dió por compadecerme de los sablistas y petardistas que llaman á la puerta y dejan una carta, y por figurarme que debía abonarles, siquiera, siquiera, el importe del papel, del sobre, de la tinta, del paseo que hasta mi casa se habían dado. Cuando eché la cuenta de lo que importaba esta al parecer insignificante partida, quedé atónita. Suponía más de 100 pesetas al mes, ó sea 1.200 al año. Con 1.200 pesetas al año se hace una caridad verdadera, inteligente, útil. Con esa siembra de *perras* chicas y grandes no se hace nada: ténganlo entendido los de corazón blando y bolsillo abierto al menudeo. Ese género de limosna recae en los vagos, en los cómicos de la miseria, en los que merodean para ganarse el tabaco y la copa y el día sin trabajar.

**

Volviendo á las postales, no las miremos solamente por el lado económico: veamos lo que encierran de amarga lección, mortificante para nuestra vanidad. — De cien personas que nos piden el autógrafo, cincuenta ó sesenta ignoran el porqué. Han oído campanas y no saben dónde. Les ha sonado el ruido de un nombre, pero ni sospechan lo que ese nombre significa. Piden el autógrafo al buen tután, y sin tomarse ni el trabajo de preguntar á otro mejor informado, para no cometer pifias. Y así sucede que tantas señoritas ultramarinas y aun alguna nacional me escriban babándose de satisfacción: «Insigne poetisa, ¿querría usted honrar mi álbum de postales con una de sus mágicas inspiraciones?»

Otros piden «un pensamiento.» Esto ya es más corriente y no compromete á nada. Pensar, han de pensar todos, en verso ó prosa. Que piensen bien ó mal, es cuenta suya. El toque está en tener un pensamiento original para cada tarjeta; y como eso ya envuelve algún esfuerzo, la mayor parte de nuestros ilustres tienen un pensamiento *en tout cas*, el mismo para cuantas tarjetas les caen por banda; y los poetas, más prácticos aún, se contentan con copiar de su puño los dos primeros renglones desiguales de cualquiera de sus composiciones.

Nadie, sin embargo, ha llegado todavía al grado de espontaneidad que Alejandro Dumas padre, quien, en la época de esplendor de los álbumes, escribía en ellos:

«Que le diable emporte les albums.»

**

Las postales, por otra parte, son una nueva de mostración de la verdad que tantas veces oí á Castelar repetir: «¡No seáis, por Dios, no seáis célebres!» La celebridad, en efecto, es una aspiración enteramente ideal, que, conseguida, reporta en lo material molestias infinitas; ventajas positivas, ninguna. El elocuente párrafo de Max Nordau que voy á transcribir es un Evangelio chico:

«¿Qué saca el hombre célebre de su fama? Recibir muchas cartas pidiéndole autógrafos, las menos con sellos para la contestación; que gentes desconocidas le honren con peticiones confidenciales de auxilio; que le agobien con entrevistas no dejándole trabajar ó descansar, fastidiándole con preguntas indiscretas y poniendo en su boca contestaciones estúpidas; que todo el mundo se crea con derecho á quitarle su tiempo con visitas y cartas interesadas; que los autores le manden diez veces más libros de los que puede leer en diez vidas y esperen su juicio razonado; que todo imbécil considere de su deber emitir su opinión acerca de él y muchos imprimirla; que los que desean ser célebres y no lo son se venguen en él lanzando anécdotas infamantes sobre su vida; y si le gusta que los periódicos se ocupen de él, su gozo se verá agriado observando que al crimen del día se otorga más espacio que al poeta del siglo.

»La halagadora convicción de que su fama alcanza los confines del globo, se supone que indemniza al hombre célebre de todos esos inconvenientes personales. Pero ¡qué humillaciones se expone si trata personalmente de gustar el alcance de su fama! La gente ha creído siempre que el nombre más popular del siglo XIX fué el de Napoleón; y sin embargo, éste sufrió la decepción de oír por sí mismo que una

mujer nacida y criada en París no tenía la menor idea de quién era.»

**

Y sin embargo, ¿cómo se pirran las gentes por eso de la fama y el renombre! Es que la vida no sería posible acaso si todas las cosas se viesan tal cual son en sí, despojadas de la aureola que la ilusión les presta. Hay mucho de beneficioso en esto de que el error se renueve á cada generación; y como además no está la elección dudosa entre una serie de verdades y otra de ilusiones, sino que son ilusiones las que rigen constantemente los actos humanos, esta de la celebridad no es de las más feas ni de las más vulgares que pueden fascinar al hombre. En lo que no estoy conforme con Nordau es en que sea propia de la edad Moderna. Acuérdesse Nordau de Eróstrato, y del dolor de César al recordar á qué edad llenaba Alejandro con su fama el mundo.

**

Aquí tenemos al monarca portugués. Los monarcas son como la procesión del Corpus: no lucen sino con buen tiempo y claro sol. Y estos dos artículos de primera necesidad, antaño tan abundantes en Madrid, andan ahora..., no por las nubes, eso quisieramos, sino en la región de lo fantástico. El clima de Madrid ha variado completamente, en el espacio, relativamente corto, de doce años. Su cielo de invierno ya no es aquel celaje azul, puro, claro, que alegraba el espíritu; su atmósfera ya no es aquella atmósfera de cristal, en que erizaba el Guadarrama picantes agujas. Hoy en Madrid llueve con la misma constancia que en Galicia; el suelo es una sopa, las calles lodazales, el paseo un charco, el firmamento una enorme panza de borrico, y el aire está saturado de humedad que cala hasta los huesos. El cuadro nosológico (¿se dice así?) también ha variado: ó hablando en lenguaje corriente, las enfermedades no son las mismas que antes — naturalmente. — Hay menos pulmonías y más reumáticos. Y los reyes que llegan entre chubascos y vendabales, llegan y se van de incógnito, excepto para el personal palatino.

**

Eso sí: en obsequio al rey de Portugal se les han adelantado las vacaciones de Navidad á los estudiantes... Séame permitido, reconociendo ante todo mi escasa competencia en estas materias, declarar que no veo la relación que existe entre las vacaciones estudiantiles y el monarca luso. Nada, que no la veo ni con un candil. ¿Es que se anuncia algún festejo especial, de índole pedagógica, incompatible con la asistencia de los profesores á sus cátedras y los alumnos á sus clases? ¿Es que siquiera por las calles van á celebrarse fiestas que atraigan á la mocedad y la distraiga de sus estudios durante unas horas? Nada de eso. Es sencillamente una artimaña para dispersar á los estudiantes, un recurso político... de los mezquinos recursos políticos que aquí se estilan. Y no digo más, aunque mucho podría decir, porque aquí saltan los gazapos como en coto antiguo; es una bendición de Dios.

**

Yo no sé si las demás regiones españolas se encuentran en situación análoga á la que voy á retratar; pero en la región gallega, juzgando por la lectura de los periódicos, pues no hablo sino de cosas públicas y notorias — ¡Dios nos libre y nos defienda de tocar á lo que no pertenece á la publicidad! — pasan cosas algo fuertes. En un solo diario coruñés obtengo la lista adjunta: Lynchamiento de un mozo aldeano por otros mozos aldeanos (Betanzos). — Aldeano muerto de un tiro de Mauser, en una carretera, por la Guardia civil (Carral). — Doncella atropellada por el bandido Mamed Casanova, especie de *Fra Diavolo*, que desde hace meses vaga suelto y cometiendo fechorías del mismo jaez, en una comarca pequeña, donde no logra darle alcance la fuerza pública (Grañas de Sor). — Muchacho de diez y seis años, de acomodada familia, que gasta pistola y que mata de un paraguazo á otro muchacho de trece años (Santiago). — Grupo de barberos que destrozaron los vidrios y material de las peluquerías (Vigo). — Encuentro á tiros y pedradas (La Coruña) entre los consumidores de la ronda volante y varios particulares. — Dos hombres asesinados, en Salcedo (Orense). — Buhonero casi muerto de un tiro en un muslo (Redondela). ¿Quieren ustedes más? ¿Les parece poco para número de un diario de una región? Y á esto... no se le llama *anarquía*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Lo ven ustedes, cómo prosiguen los asesinatos de mujeres? Ahora ya, de una vez, un hombre *des-pacha* á dos juntas, hija y madre. Sistema perfeccionado, con todos los adelantos de la edad moderna; golpe doble... Claro, el individuo habrá dicho para su navaja: «¿Qué me harán si mato una mujer? Poca cosa. ¿Y si mato dos? Lo mismo. Siempre resultará que procedí arrastrado por sentimientos irresistibles, bajo una fascinación mágica que me impidió darme cuenta de lo que realizaba, y que hasta me impulsó á creer que el arrear una puñalada es una caricia suave, demostración de amor y ternura, y por lo tanto, que la verdadera víctima soy yo, y merezco una recompensa para consuelo. A matar, pues, por partida doble..., y vengan jueces, que ya saldré más inocente que una paloma.»

**

Y quédense ahí los crímenes, porque ya es igual á hablar de los catarros, en esta estación, y los sombreros de las señoras en el teatro, y tratemos de otra plaga de Egipto: las postales.

Dos compañeros de martirologio postal, Eusebio Blasco y Mariano de Cavia, han gritado en *El Heraldo* y *El Imparcial*: yo no hubiese roto la marcha, pero ya que empezaron ellos... digo que tienen muchísima razón, y que esto de las postales pica en historia. No identifico, sin embargo, á todos los *postalistas*. — Los hay que poseen esa facultad preciosa y rara llamada *sentido común*, y que al pedir un autógrafo para «enriquecer» u «honrar» su colección, se toman el trabajo de remitir la postal, ya franqueada. A éstos se les puede atender; y yo creo que en general se les atiende. Pero otros quieren convertir á los escritores en sastres del Campillo, y eso ya me parece abuso. Varios envían la tarjeta sin franqueo;